



DICIEMBRE 2022 AÑO 27 N° 319
REVISTA LITERARIA – ISSN 1666-3233
Director – Propietario CARLOS A. MARGIOTTA
R.P.I. N° 932.056
redesdepapel@gmail.com

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL WHATSAPP Carlos Margiotta
AL UNÍSONO Gerardo Baré – **EL OTRO YO** Estela Garber
EL DESCUBRIMIENTO Liliana Marengo
EL LADRON DE RECUERDOS Lorena Camaioni
EL PROGRAMADOR DE SUEÑOS Alicia Ibarra
ARROJABA PIEDRAS AL MAR Jenara García Martín
MANO SANTA Inés Rodríguez - **VENENO** Sergio Borao Llop
FIESTA EN MI PUEBLO Daniel de Culla
FELICES FIESTAS



ESCRIBIMOS PARA SER LEÍDOS

Se aprende a escribir escribiendo, no hay otra forma que aprender en base al error. El error es el gran maestro, hay que sentarse escribir y de dedicarle un buen tiempo en soledad. Hay que renunciar a la velocidad y apropiarse de la lentitud.

Como todo proceso creador, escribir: sana, nos conecta con la vida y nos aparta de la enfermedad y promueve la salud. Escribir modifica nuestra mirada de la realidad y nos permite enfrentarla con otros recursos.

Escribir es contar historias, y en cada historia hay algo perdido que se quiere recuperar. De eso perdido nos interesa lo singular y como se lo cuenta. Nos interesa más la forma que el contenido.

Y las historias se cuentan con palabras, esas que nos atraviesan. Palabras azarosas que muestran y ocultan, dicen y callan, seducen y rechazan, son propias y ajenas, mienten y dicen la verdad, y tiene infinitos significados.

Escribimos para traer las palabras que corresponden, no otras, las palabras que rompen con el estereotipo del lenguaje, contra lo establecido, para encontrar otros sentidos.

Escribimos para no desaparecer, para detener el tiempo, para no olvidar, para recuperar la memoria. Escribimos por placer, para encontrarnos con el otro, para emocionarnos, para emocionar al otro, escribimos para ser leídos.

Escribimos para no morir, para trascender, para reparar los fragmentos internos, para construir historias con los restos de lo vivido, con lo que nunca paso, con lo que pudo haber sido.

Escribimos para encontrar la paz, para soportar la realidad, para vincularnos con otros, para creer, para soñar, para ser mejor persona, para amar y ser amado, para desear un mundo mejor.

En el taller de escritura trabajamos en grupo, interactuando unos con otros, compartiendo nuestros fantasmas interiores, abrazados por la misma pasión. El grupo estimula, acompaña, coopera, contiene en el proceso creador.

El taller de escritura no es un taller literario. En cada encuentro se trabajan distintos recursos para escribir mejor. A partir de una consigna del coordinador, los integrantes escriben y comparten sus textos.

carlosmargiotta@gmail.com

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL WHATSAPP

Carlos A. Margiotta

Iría a la fiesta dispuesta a seducir y al mismo tiempo a mostrarse indiferente, casi insensible a la mirada de los otros –pensó- mientras estiraba y contraía sus músculos en el aparato del gimnasio para aumentar el volumen de sus glúteos acatando estrictamente las indicaciones del joven profesor.

A los treinta años había hecho una exitosa carrera, tenía un buen empleo en una empresa extranjera y sabía muy bien que su cuerpo era un capital importante en la vida, por lo tanto debía cuidarlo como una valiosa mercancía para el consumo siguiendo la lógica del mercado: ser atractiva, exhibirse y venderse al mejor precio.

Cuando terminó los ejercicios se miró escrupulosamente en la gran pared espejada evaluando el perfil de su trasero. Ahora sí, está más duro y más erguido, proporcionado con el tamaño de mis lolas recién operadas, pensó. Se cubrió la malla transpirada con el conjunto deportivo de buzo y pantalón de la marca más cara, y saludó al profesor con un beso en la mejilla, el mismo beso que la estremecía todos los días. Si no fuera tan morocho seríamos una linda pareja, se dijo a sí misma.

Sintió miedo que sus sentimientos la llevaran inexorablemente a un lugar distinto al que deberían corresponder de acuerdo a sus ambiciones. Sabía que lo importante era pertenecer al modelo de los exitosos, al mundo de los lindos, y ella era demasiado linda para renunciar a ello.

Estaba cansada y tendría un largo día por delante. Todavía tenía que ducharse, comprar algunas pilchas para estrenar por la noche, comer algo rápido, dormir la siesta y finalmente pasar por la peluquería para terminar de producirse antes de entrar en escena. Debía parecer auténtica, diferente y aparentar ser inteligente, aconsejaba el “El amor en los tiempos del whatsapp”, su libro de cabecera. Vivir el momento, disfrutar del sexo libremente, buscar la satisfacción inmediata, ser más mundana que romántica, más distante que próxima y el placer lo importante es el placer.

En el camino hacia la bañera fue dejando cada una de sus prendas sobre el parquet como una estela, imitando el anuncio publicitario para llegar desnuda y entregarse a las caricias del agua. El baño, lejos de tranquilizarla, la excitó avivando el deseo, ese deseo diluido por la facilidad del encuentro efímero. Ese deseo intenso y fugaz, veloz y frustrante que tanto conocía y que terminaba arrojándola siempre al vacío. Si él estuviera aquí, me tomaría por detrás con su piel oscura, imaginó.

En el vestidor eligió un jean azul y una blusa color salmón. Buscó los anteojos ahumados en la cartera y antes de salir bebió un vaso de agua mineral con una pastilla de ansiolítico. El shopping estaba cerca de su casa y el sábado al mediodía podría hacer las compras sin apuro. Un par de zapatos para combinar con el vestido negro, unas medias, y un conjunto de ropa interior de marca. Después comería una ensalada de zanahorias con palmitos y remolacha en el patio de comidas. Le gustaba tener todo bajo control, anticiparse a los acontecimientos, sorprenderse estaba fuera de sus cálculos.

Volvió cerca de las cuatro de la tarde y antes de acostarse a dormir una buena siesta tomó una medida de vodka para terminar de relajarse. Actuar como si la conquistaran, no darse a conocer sino ser conocida, no darse sino prestarse, no estar sola sino aparentarlo, encarar después que te encaren, si es necesario arrojar una mirada como distraída, total no habría

palabras, no podría escuchar ni ser escuchada en medio la música a todo volumen –pensó– repasando mentalmente las máximas del libro de cabecera.

Y se quedó dormida. Soñó que era una chica común, que amaba a un hombre morocho y no se avergonzaba. Soñó que ambos apostaban al amor y se comprometían a pesar de todo. Soñó que se casaba de blanco en una iglesia como su madre. Soñó que tenía muchos hijos y las mil imágenes la asustaron. Se despertó agitada, ¿y si me enamorara? Buscó un cigarrillo en la mesita de luz y lo encendió. Por la ventana del dormitorio anochece, pensó en la fiesta, en mañana, no valía la pena correr riesgos.

MANO SANTA *Inés Rodríguez*

Teresa hacía días que en las mañanas despertaba con un dolor en el bajo vientre que la hacía retorcer. Al principio no lo comento con nadie y después conversando en su trabajo como al pasar se lo dijo a Mariela su mejor amiga. Teresa tenía por costumbre cuando tenía un turno que no lo quería hacer de inventar algún mal para zafar, a lo que Mariela le restó importancia, hizo un gesto con la cara frunciendo el ceño y para no quedar mal comentó. Ah sí mira vos, ¿y cuánto hace te empezó el dolor Teresa?

Y hoy justamente hace quince días, lo tengo presente porque fui al cumpleaños de la vieja bruja de mi suegra y a partir de ahí al otro día ya me desperté con ese dolor y cada vez se agudiza más.

¡Que locura Teresa, si tu suegra es una santa, como vas a decir eso de ella!

Mira vos no tenés la menor idea de lo que te puede llegar hacer, nunca me quiso porque dice que yo le quite a su hijo, yo le desconfío mucho porque es de andar siempre deseando mal a cuanto diablo se le acerca y ella es la única buena, anda siempre con sus rezos entre dientes echando putas, es el demonio en persona la vieja.

¿Pero a vos te parece que te pudo haber hecho algo?-

Es lo que sospecho, hace un tiempo con el Julio las cosas no andan muy bien, él se pasa en la casa de su madre y cuando le reclamo eso me deja hablando sola.

Bueno, pero todos pasamos en el matrimonio por ciertas vaivenes.

A mí se me ha puesto en la cabeza que la vieja esa me quiere separar del Julio y como no puede me querrá matar.

Vos estás loca Teresa, mira si la mujer va a desear eso de la madre de sus nietos, pero si te parece cerca de casa hay una doña Justina que cura el empacho y mal de amores dicen, es una viejita adorable en el barrio todos la queremos mucho. A mis gurises cuando están empachados los llevo y les tira el cuero y santo remedio, ¿si quieres a la salida vamos?

Teresa lo pensó un segundo, pero cualquier cosa con tal de saber si eso que le estaba pasando era causado por su suegra.

A la salida del turno las mujeres salieron rumbo a la casa de Justina; al llegar la doñita estaba sentada en el patio de su casa, vestida de pies a cabeza de blanco, en su cuello traía varias guías de diferentes colores y antes que les dijeran el motivo de su consulta Justina empezó a dar unos enormes eructos y empezó a pasarse la mano en el bajo vientre, a malaya empezó a decir, a vos te hicieron un mal y es una persona muy cercana.

Teresa no salía de su asombro, ¿viste Mariela?, yo te dije es mi suegra la vieja araña ¿por qué no se convertirá en lagartija de una vez?

Justina seguía con sus eructos, hasta que de un brinco se acercó a Teresa, la tomo de la cabeza y la llevo hasta el piso, la empezó a girar como milanese empanándose y Teresa a eructar como Justina aaah, aaah, aaah cada tanto exclamaba Teresa, en una de esas vueltas Teresa lanzó una bocanada de un líquido verde con espuma, Justina la tomo por los brazos para levantarla, paso sus manos por la cabeza, por el cuerpo y dejó sus manos por unos segundo en el bajo vientre, después de unos cuantos minutos de vencer a Teresa y barrer sus males le ofreció agua para beber. Mija a vos te dieron algo a comer y en eso estaba tu mal, quien te lo hizo fue con la intención de sacarte de la tierra, pero no te preocupes que ya el mal está afuera, vas a tener que venir tres días seguidos y bañarte del cuello para

abajo con agua con sal para correr el demonio. Te voy a preparar una toma que vas a beber durante una semana por las mañanas y con estos yuyos vas a lavar tu casa para limpiar las malas ondas, eso si tienes que hacerlo con el convencimiento que es así y no dudar sino las cosas con salen.

Teresa asentía con la cabeza sin cuestionar nada, miro en su cartera y le preguntó cuánto le estaba debiendo.

Justina la miro a los ojos y comentó, primero vamos a correr tus males y a ordenar tu casa y después vas a tener tiempo de pagarme.

Pero doñita cóbreme algo por lo menos, así mi deuda no se agranda con el pasar de los días.

Tranquila hija, Justina hace el bien y no sangra a la gente como otros que antes de ayudar te sacan los ojos, anda para tu casa que todo va a estar bien.

Teresa no paraba de agradecerle, le tomo las manos a Justina y beso, en ese momento le vino la imagen de las manos de su abuela que acariciaba de niña. Ya al salir era otra persona.

ARROJABA PIEDRAS AL MAR *Jenara García Martín*

Pisaba yo en ese atractivo amanecer, una ciudad, más bien, pueblerina con una estéril rambla – con pequeñas casas de colores risueños acurrucadas bajo la amenazante protección de la Alcazaba, restos de un castillo medieval, y remolinos de brisa marina girando hasta el puerto de pescadores.

Esa mañana, de luz descolorida, le vi. Arrojava piedras sobre el agua dormida de las olas en calma. Con el mirar ausente y transida de una rara tristeza. Solitario y perdido se alejó hacia los muelles donde los marineros dilapidaban las horas en tabernas del puerto que han de dejar, un día, para adentrarse al mar sin saber cuándo retornarán.

Partir fue siempre el signo que me empujaba a otros lugares ignotos y alejados donde hallar el consuelo a tanta quemazón del alma que naufraga, y así me acerqué a ellos, y volví a verle.

Estaba un tanto retirado y en la solitaria playa, arrojando piedras al agua, con la misma mirada perdida en las onduladas olas que expandían el fluir del instante que sigue al movimiento y sus ojos buscaban una barca en la cima de una ola. Su destino era el agua dormida. Agua en calma, con espuma alba, esperando ser acariciada, sin importar que fuera por una piedra, formando círculos concéntricos de imagen abandonada. y el corazón vagando sin rumbo entre la niebla del amanecer.

El mar me dio la oportunidad de acercarme a él, poco a poco, con precaución. Era tímido, huraño, pero con la sabiduría de un marino que no desconoce nada del misterio que ocultan las profundidades de las aguas. Un verdadero “lobo de mar”. Entré en ese mar de su mano, avanzando despacio, midiendo su estatura con pasos breves, como las huellas del sigilo y el mar subió a mi frente por la escala del frío, desde el fondo abismal de todos los enigmas. Fue mi gran maestro y amigo. Conocí lo que era la mar plisada; una mar con risa de cristales redondos; por qué estalla en brumas verdes cuando se respira con un viento oprimido en el pecho de cualquier marino. Hoy me proporciona las imágenes más sugerentes, pues todo un universo estético se encierra entre sus límites inabarcables. Apoyo en su hombro la mano y siento el oleaje palpar levemente en su cuerpo como un recuerdo hundido, encallado, entre la mar y el cielo, entre el amor y el desaliento. Pude distinguir la dualidad de dos tonalidades azules: dualidad que revierte la vida y la muerte; la belleza y la degradación; el cuerpo y el espíritu...con influencia marina...”arrojando piedras al mar.”

LA CALLE DE LOS MENDIGOS *Mario Levrero*

Extraigo un cigarrillo y lo llevo a los labios; acerco el encendedor y lo hago funcionar, pero no enciende. Me sorprende, porque hace pocos momentos marchaba perfectamente, la lla-

ma era buena, y nada indicaba que el combustible estuviera por agotarse; es más: recuerdo haberle puesto piedra nueva, y una nueva carga de disán, hace apenas unas horas.

Acciono, sin resultado, repetidas veces el mecanismo; compruebo que se produce la chispa; entonces, con un cuentagotas, vuelvo a llenar el tanque de disán. Tampoco enciende, ahora.

En varios años nunca había fallado así. Me propuse buscar el desperfecto.

Con una moneda le quito nuevamente el tornillo que cierra el tanque; esto no parece contribuir a desarmarlo. Con la misma moneda, quito luego el tornillo correspondiente al conducto de la piedra; sale también un resorte, que está enganchado a la punta del tornillo. En el otro extremo, el resorte lleva una pieza de metal, parecida a la piedra (que también sale, junto con algunos filamentos, blancos y del largo del resorte, en los que nunca me había fijado). El encendedor sigue siendo una pieza entera; en nada he adelantado quitando estos tornillos.

Lo examiné con más cuidado, y vi un tercer tornillo: es el que oficia de eje para la palanca que hace girar la rueda y provoca la chispa. Lo quito, pero ya no pude usar la moneda; debí servirme de un pequeño destornillador.

Tengo una colección de destornilladores, en total son muchos, van de menor a mayor, de uno a otro conservan las proporciones. Utilicé el más pequeño, aunque pude haber obtenido igual resultado con el N° 2, o el N° 3.

Salen algunos elementos: la palanca, el tornillo mismo (que, del otro lado, tiene una tuerca, aunque el aspecto exterior de esta tuerca es igual al de un tornillo; la parte no visible es hueca), dos o tres resortes y la ruedita con muescas; ésta rueda alegremente sobre la mesa, cae al suelo, y ya no la encuentro.

El encendedor, sin embargo, me sigue pareciendo un todo; hay algo ofensivo en esa solidez, un desafío. Y permanece oculta la falla. Introduzco entonces el destornillador en distintos orificios; en primer término atraviesa el conducto de la piedra, y asoma la punta por la parte de arriba; en el receptáculo del combustible encuentro algodón, y no sigo explorando; luego investigo los orificios de la parte superior. Hay dos: uno de ellos es el extremo de otro conducto, cuya función desconozco; es un tubo acodado, el destornillador no puede seguir más allá. El otro es más ancho, recto; al final del mismo -a una distancia que, calculo, corresponde aproximadamente a la mitad del encendedor- la herramienta, girando, de pronto se detiene, atrapada por la cabeza de un tornillo, que resuelvo quitar; es corto y ancho; entonces, tiro con los dedos de una pequeña saliente, mientras con la mano izquierda sujeto la parte exterior del cuerpo del encendedor, y veo, complacido, que algo se desliza.

Queda en mi mano izquierda la delgada capa metálica; con un leve chasquido, en el momento en que termina de salir la parte interior, un pequeño conjunto metálico se expande (me sorprende, porque el tamaño es aproximadamente cuatro veces mayor) y queda en mi mano derecha una réplica, tamaño gigante, que apenas conserva las proporciones, y algo del aspecto del encendedor, pero hay muchos huecos y vericuetos; imagino un mecanismo de resortes que, para volver a guardar este conjunto en su capa, debo comprimir (no imagino cómo, aunque intuyo que debe ser difícil); sólo un mecanismo de resortes puede explicar este sorprendente crecimiento.

Introduciendo el destornillador en varios orificios descubrí que hay tornillos insospechados; pero el número uno es ya demasiado pequeño para ellos, no hace una fuerza pareja y temo que se estropeen. Elijo otro; el ideal es el N° 4, aunque bien podría usar el N° 3 o el N° 5, quizás el N° 6, y aun el N° 7.

Quito algunos tornillos. Caen resortes, de un conducto salen una pieza metálica entera, aceitada (parece un émbolo), y un par de ruedas dentadas.

Descubro que el conjunto consta también de dos partes, una externa y otra interna; cuando no encuentro más tornillos, procedo a separarlas por el mismo procedimiento anterior. El fenómeno se repite con puntualidad, y obtengo una estructura aproximadamente cuatro veces más grande que la anterior (y dieciséis veces más grande que el encendedor), pero el peso es siempre más o menos el mismo; incluso diría que esta estructura es más liviana que el encendedor entero, lo cual, si a primera vista puede parecer extraño -especialmente

cuando se sostiene en la palma de la mano-, es lógico; por ley, el contenido tiene que pesar menos que el encendedor completo, a pesar de que su tamaño, mediante el ingenioso mecanismo de resortes, pueda aumentar y, por ello, parecer más pesado.

Me decido a quitar el algodón; parece estar muy comprimido (lo que explica que el disán se conserve tantos días en el interior del tanque -muchos más que en otros encendedores). El tanque ha crecido proporcionalmente, y ahora el algodón está más flojo; el contenido, compruebo, equivale a muchos paquetes grandes; no me ha costado trabajo quitarlo, porque mi mano entra entera en el tanque.

A esta altura, pienso que me va a ser muy difícil volver a armar el encendedor; quizás ya no pueda volver a usarlo. Pero no me importa; la curiosidad por el mecanismo me impulsa a seguir trabajando; ya no me interesa averiguar la causa de la falla (y creo que ya no estoy en condiciones de darme cuenta de dónde está esa falla), sino llegar a tener una idea de la estructura de ciertos encendedores.

No uso, ahora, destornillador, para investigar los conductos; mi mano cabe cómodamente en la mayoría de ellos. Es curioso el intrincamiento de algunos, semejante a un laberinto; mi mano encuentra a veces varios huecos en un mismo conducto, explora uno -que no es más que el principio, o el final, de otro conducto, y que a su vez tiene varios huecos que corresponden a otros tantos conductos. Hay menos tornillos, y también, en apariencia, actúa una menor cantidad de resortes.

Siguiendo con la mano, y parte del brazo, uno de los conductos y algunos de sus derivados, llego a un lugar que parece estar próximo al centro de la estructura; allí mis dedos palpan unas bolitas metálicas. Tienen la particularidad de estar sueltas a medias, como la punta de un bolígrafo; puedo hacerlas girar empujándolas con el dedo.

Presiono con más fuerza sobre una de ellas, y se desprende de la lámina metálica que la sujeta; comienza a rodar por los conductos y cae fuera de la estructura. Observo que su tamaño es como el de una bolita de las que los niños usan para jugar. Caen muchas. Diez o doce, o más. Tomo una de ellas y me sorprende el peso; parece que fuera una pieza entera. Pero de ser así, no me explico cómo pudo caber dentro del primitivo tamaño de encendedor. Pienso que, probablemente, también se hayan expandido mediante un sistema de resortes; me sigue llamando la atención el peso.

De pronto me sentí atacado por el sueño. Miré el reloj y vi que eran las dos de la madrugada. Es fascinante cómo uno se olvida del paso del tiempo cuando está entretenido en algo que le interesa. Pensé que debía irme a la cama, pero no puedo abandonar el trabajo. Quiero llegar, me propongo, a descubrir la última estructura, o a que el encendedor se desarme en su totalidad, se descomponga en cada uno de sus elementos.

Ahora, después de un par de operaciones, mediante las cuales vuelvo a separar la estructura en dos (una capa, o cáscara y una estructura cuadruplicada), el encendedor ocupa más de la mitad de la pieza; esta última estructura

Ahora, después de un par de operaciones, mediante las cuales vuelvo a separar la estructura en dos (una capa, o cáscara y una estructura cuadruplicada), el encendedor ocupa más de la mitad de la pieza; esta última estructura ya no se parece en nada al encendedor, sus formas son menos rígidas, hay curvas; si tuviera espacio suficiente para mirarla desde cierta distancia, quizás pudiera afirmar que es casi esférica.

la estructura en dos (una capa, o cáscara y una estructura cuadruplicada), el encendedor ocupa más de la mitad de la pieza; esta última estructura ya no se parece en nada al encendedor, sus formas son menos rígidas, hay curvas; si tuviera espacio suficiente para mirarla desde cierta distancia, quizás pudiera afirmar que es casi esférica.

Solamente a través del encendedor puedo pasar de un extremo a otro de la habitación; lo hago con cierta comodidad, aunque debo arrastrarme. Se me ocurre que si lo separara nuevamente en dos partes, obtendría una estructura por la cual podría andar sobre mis piernas. Pero temo, es casi una certeza, que ya no quepa en la habitación.

Hasta ahora he utilizado solamente uno de los conductos, que la atraviesa de lado a lado en forma rectilínea; pero hay otros, y siento tentación de meterme por ellos. Me atemorizan los laberintos; tomo un cono de hilo, ato el extremo a la manija de un cajón de la cómoda, y me

introduzco en un conducto, que pronto tuerce la dirección y me lleva a otros. Son blandos, sin dejar de ser metálicos; más que blandos, diría «muelles»; todavía se presente la acción de resortes. Me maldigo: no se me ocurrió traer una linterna o, al menos, una caja de fósforos. La oscuridad se hizo total. Llevé, trabajosamente, la mano al bolsillo del pantalón, y solté la carcajada. Un movimiento reflejo, buscaba el encendedor en el bolsillo sin recordar que me encuentro dentro de él.

«Debo regresar a buscar la linterna», pensé, y ya me disponía a remontar el hilo, para volver, cuando veo una débil luz ante mis ojos. «Una salida, o quizás el mismo orificio por el que entré» -pienso y sigo arrastrándome hacia adelante, hacia la luz; ésta se vuelve cada vez más fuerte.

Puedo apreciar entonces cómo es el lugar en que me encuentro; no es exactamente un túnel, en el sentido de conducto tubular cerrado; está compuesto por infinidad de pequeños elementos, aunque hay grandes columnas metálicas, algunas más anchas que mi cuerpo, que lo atraviesan; pero no puedo ver dónde comienzan ni dónde terminan.

Sigo avanzando y no logro llegar al exterior; la luz se va haciendo más intensa -quiero decir que ahora es un poco más fuerte que la de una vela-; no logro aún localizar su fuente. Descubro que puedo incorporarme, y camino -aunque ligeramente encorvado. Escucho gemidos.

«Es la calle de los mendigos» -pienso-, y doy vuelta la esquina y veo la fuente de luz -un farol-, y por encima las estrellas.

En efecto, hay mendigos suplicantes y con ulceraciones en brazos y piernas, la calle es empedrada, y empinada; los comercios están cerrados, las cortinas metálicas bajas.

«Debo buscar un bar que esté abierto -pienso-. Necesito cigarrillos, y fósforos».

FIESTA EN MI PUEBLO *Daniel de Culla*

Estoy en el balcón de esta mi casa, en la plaza Mayor del pueblo, de frente a la fachada del Ayuntamiento, cuyo tejado está coronado por un gran reloj que no funciona.

Estoy leyendo a Georges Rodenbach, en su “Bruges la Morte, de cuyo libro Huysmans, Joris Karl Huysmans, que en su “Becalmed”, el protagonista busca un reposo espiritual en el campo, y no encuentra más que paletaría y estupidez en un medio natural decadente, y Mallarme dijeron que era uno de los más grandes logros del Movimiento Decadente: “a tale of doomed love and bizarre murder”, un cuento de condenado amor y asesinato extraño.

También, he leído, y dejado en el suelo, a Georges Bataille, en su “Tears of Eros”, donde la violencia y lo sagrado en Gilles de Rais, Erzebet Bathory, el Marques de Sade, El Greco, Gustave Moreau, Andre Bretón, los practicantes del Voodoo, y la tortura china forman un coctel de sexo, drogas y muerte en grado tal que se hace dudoso lo que deba preferirse, hacer exclamar lo que dijo Joseph Jablonski: “ Dust on my Eyes is the Blood of Yr Hair”, el polvo en mis ojos es la sangre en tu pelo.

Pronto empezaran las fiestas patronales, esta vez dedicadas a la Virgen de la Zarzamora. Miro por encima del balcón de hierro y, en un esquina, veo unos niños jugando a cogerle el rabo a un perrillo rabilargo que da vueltas tras de él revirando su tronco, haciendo hélices en el aire, volviendo hacia uno y otro lado describiendo un arco en círculos.

Un analfabetismo sacro e ilustrado galopante, que anima todo el cuerpo social y naziional, pasea la virgen en andas. A su paso, las casas me parecen hechas de carey, cierta tortuga y la materia de que está formada. Las aceras, en su mayoría, están repletas de cagadas de golondrinas que anidan debajo de los aleros, en nidos hechos con cargadal, cantidad de tierra depositada en el fondo de los ríos, y colocados uno junto al otro como en juego de naipes.

Pasa la procesión, pasa la virgen, cual candaliza de vela cangreja o cariafa, ave zancuda de America con un cariacu, cabrito de la Guyana, en sus brazos. El cura sirve cual cabo para facilitar la operación de arriar el foque, puntas muy largas y almidonadas del cuello de la

camisa. Los que portan los palos derechos e izquierdos de las andas parecen especie de pilastras para sostener el arquitrabe, o cada una de las vigas sobre las que descansan los tablonces que llevan los furos para las hormas en las casas de purga de los ingenios de azúcar.

Se para la comitiva. Sueltas y cargadas, mujeres preñadas y sin preñar, bailan una jota castellana con flauta y tamboril, que a los viejos hace salirse la baba, y a los jóvenes la risa, mirando más las piernas que el bailoteo. También baila el tonto del pueblo, cual caricato, bajo o bufo de la opera cómica. El conjunto se me parece un carro de acémilas con carga para llenar el cañón del arma de fuego del cura, que embiste ahora, acomete, apuntando en el libro de cuentas de su iglesia lo que alguno debía, sintiendo pesadez de cabeza, de pecho, en plenitud de estómago agradecido, pensando que el ayuntamiento se había cargado de sin razón, de hijos, de deudas.

Los portadores descansaron los palos sobre unas horquillas de palo largo, sintiéndose como en un lugar cubierto de vegetación, y contemplando todas esas caras que los cuatro, por lo bajo, entonaron: "Mirad carialegres, carinegros; carianchos, cariacedos; caribobos, caricortos; caridolientes, carigordos; carihermosos; cariapollados, mofletudos". Todo era una caricatura o retrato festivo en que se exageran las actuaciones de la vida diaria escondiendo especialmente las defectuosas

Un perrito chiquito le hacía halagos a una niña, y en su lomo se veía la carimba, o marca que ponían cariñosamente los españoles a los esclavos del Perú con hierro candente, cariocando el árbol de America que destila un aceite que reemplaza a la manteca en Cayena y el sebo de las velas en Caribe, hombre cruel e inhumano.

EL OTRO YO *Estela Garber*

Ella era una muñequita de porcelana. Piel suave, blancas casi transparente, cabellos rubios ondulados, ojos color miel y una voz que susurraba melodías encantando a cada quien la escuchaba.

Era como esas bailarinas a cuerda de la época de nuestras abuelas.

Tan irreal como un cuento de hadas. ¿Cómo puede existir alguien tan perfecto de adentro y afuera? Impensable que en este mundo tan cruel existiera una mujercilla como estas.

Esta señorita se de-construyó a lo largo del tiempo para sobrevivir su horrendo pasado.

Infancia de abusos, maltrato, hambruna en un hogar de madre viuda. Su madre era muy bella. De origen polaco. Había llegado a la Argentina en los barcos que huyendo del Holocausto escapando de la guerra. Esta había sido engañada por un proxeneta y explotada por varios años, hasta que uno de sus clientes le pidió matrimonio. Producto de esta unión nació ella, Elizabeth. Heredó la belleza de su madre europea. El papá fue atropellado por un tranvía y su madre nunca más se repuso de ese salvador y su depresión la llevó a la bebida. El calvario de Elizabeth comenzó cuando su madre tocó fondo e introdujo hombres de todo tipo en el hogar para ganarse unos pesos. Pero éstos vinieron acompañados de castigos inimaginables y hasta una violación cuando tenía 10 años.

Elizabeth comenzó entonces un viaje interno, desdoblándose. Un día mirando en una vitrina de la mueblería del barrio se encontró con su otro yo. Una bailarina de porcelana perfecta musical

VENENO *Sergio Borao Llop*

Creedme: Es en verdad un mal valle, ése de la tristeza, para quedarse a vivir en él.

No hay, oídme bien, ni un solo árbol verdadero, ni un pájaro cuyo canto consiga despertar un destello de magia, ni siquiera un arroyo de aguas transparentes junto al que detener un momento nuestro arduo peregrinaje. Sólo encontraréis allí un exiguo manantial que destila un veneno lento, lentísimo, que el tiempo va inoculando gota a gota en las venas. Lo malo es cuando (a veces pasa, hay gente que le pasa, no pueden evitarlo, les pasa y es casi in-

concebible y ojalá que nunca nunca nunca sepamos que se siente) el veneno se convierte en droga y te engancha y comprendes de repente que ya no hay vuelta atrás, y sientes que te estás muriendo -que eso te está matando- y al mismo tiempo sabes que tampoco podrías vivir fuera de ese lugar, porque en el exterior no existe nada respirable.

Yo conocí una mujer que contrajo esa enfermedad; estuve cerca, muy cerca de ella, tan cerca que fue imposible (lo supe desde el primer momento) evitar el contagio, imposible permanecer inmune a ese veneno, y también, -¡cómo olvidarlo!- imposible no amarla sin palabras, no morirse un poco en cada lágrima que manaba de sus ojos, no irse olvidando, poco a poco, de los caminos de retorno, de la posibilidad de retornar a cualquier parte, de la mera existencia de otro sitio que no fuera ese

EL LADRON DE RECUERDOS *Lorena Camaioni*

Se cuenta que había una vez, en un pueblito muy chiquito perdido en una provincia nortea, se encontraba viviendo un ladrón de recuerdos. Muchas personas del lugar estaban ansiosas por encontrarlo, ya que no todos los recuerdos que alberga nuestra mente son tan bellos o dignos de recordar. No era tan fácil, porque solía robarse los recuerdos a que a él le gustaban. El los seleccionaba, los graciosos, los románticos, o bien por su manía de robar, se llevaba los sueños que le daban la gana.

Mariano comenzó a buscarlo, como quien busca un vaso de agua en el desierto. Le preguntar por él a todo transeúnte que le cruzaba; quería encontrarlo; estaba enamorado de una novia que lo había dejado y parecía no haber retorno. Habían pasado 2 años de aquella dolorosa partida pero él no lograba olvidarla, como hacen los que se quedan amando solos, fascinado por los bellos momentos y creyendo que ella se daría cuenta de su error y regresaría por él.

Tanto lo buscó por cielo y tierra, que para sorpresa de muchos, lo encontró. El ladrón era muy pedante, soberbio y no estaba acostumbrado a escuchar las peticiones de quienes lo lograban localizar, a él le apetecía "robar". Al fin cara a cara le pidió encarecidamente que se llevara todos los recuerdos que tenía de su amada, así le costara perder los mas bellos momentos, también. Estaba dispuesto a desarraigarla de su vida de una vez por todas.

Traicionero el ladrón, se llevó los mas feos recuerdos de Ana y así lo dejó a Mariano sumergido en una gran ilusión de poder recuperarla, esta vez con mas énfasis. Sumergido en la ilusión de que todo volvería a ser tan bello como la antes de los sueños, el enamorado nos hace creer y ver...

Así esperó Mariano, despojado de sus malos recuerdos, abrazado a esa nueva ilusión y esperanza de que todo volvería a ser como la etapa de más idealización e imaginación, quedo preso de un ladrón.

EL PROGRAMADOR DE SUEÑOS *Alicia Ibarra*

El Consejo de Ancianos regía en este pueblo lejano y olvidado en las estepas de Mongolia. Ellos decidían sobre los temas más difíciles y zanjaban los conflictos con distintas sentencias, según fuera el problema que se presentara. Una de ellas era dar como castigo ejemplar, programar el sueño de los contendientes...

Resulta ser, que un atardecer se aparecen dos hombres a presentarles su problema. Cada uno acusaba al otro de haberle robado un caballo. Y no cualquier caballo, era un hermoso ejemplar, ganador de muchas carreras.

Los ancianos escucharon la historia de cada uno y luego se reunieron para decidir qué hacer con ellos. Así que la sentencia fue que ambos se acostarían a dormir y soñarían con el otro contendiente y allí lograrían ver con claridad quien era el culpable.

Pasó la noche, los ancianos vigilaban el sueño de ambos y los veían retorcerse y balbucear por lo bajo. Así transcurrió la historia hasta el amanecer, cuando se despertaron saltando de

sus cuchetas...

- Venerables Ancianos, ya comprendimos lo sucedido, dijeron al unísono. Hay dos caballos iguales, idénticos y creímos que habíamos sido víctimas de un robo.

¡¡¡GRACIAS, GRACIAS!!! Pedimos perdón por habernos equivocado tanto!!!

Los Ancianos los miraron fijamente, y a continuación dictaron su sentencia:

Un precio que deberían pagar de inmediato.

Les dejarían a la aldea los dos caballos por los cuales se produjo tamaño conflicto...

EL DESCUBRIMIENTO *Liliana Marengo*

Cuando reciba este mensaje, pensará seguramente que descubrí algún continente, o alguna vacuna que pueda salvar a la humanidad de una enfermedad incurable. Le confieso que no se trata de eso, lo cual no quiere decir que sea menos o más importante de lo que esperaba que le diga, porque al escribirle esta historia, tal vez salve a la humanidad, a esa parte de la humanidad a la que le lleguen estos renglones.

Paso a relatarle, estoy presa. He tratado de identificar a quien o a quienes pusieron la llave a la puerta que me aisló del mundo. Años de infructuosa búsqueda perdiendo los más maravillosos amaneceres, el sol cuando atardece, la luna cuando llega, un amor. Tiempos en que mi resentimiento fue haciendo una lista de todos los posibles culpables que me sometieron a esas cadenas. Pero redondeo, quizás a otros les pase lo mismo. De buenas a primeras, he descubierto algo tan simple que puede provocar su risa, y es que la puerta la cerré yo misma, la llave la tengo yo, las cadenas están dentro.

Luego de leer estas palabras, pensará que estoy afuera, gozando de maravillosos amaneceres, del sol cuando atardece, de la luna cuando llega, amando, y lamento defraudarlo, pero no es así. De eso quería hablarle, si está encerrado, o conoce a otros que padecen de este encierro, cuénteles este descubrimiento, es simple: La llave que se busca afuera puede estar adentro. Si es valiente, la salida se revelará no milagrosamente, sino peleando contra el

fantasma más poderoso, que es el miedo, el miedo a ser, a ganar y a perder, a amar y a que lo amen, también y por que no, a que lo dejen de amar.

De todos modos, hay mucho más por ganar que por perder. Le pido por favor, que si recibe este mensaje, escrito dentro de una habitación muy pequeña, y gracias a la posibilidad que da este correo, lo transmita a aquéllos que están atravesando situaciones parecidas, y ellos a su vez cuando se liberen, lo comunicarán a los que están por la calle y que se creen libres, y no son libres, presos de la monotonía, del trabajo, la falta de deseo, la fatiga crónica, la desidia, la ignorancia y tantas otras cosas más, que hacen de una persona un esclavo.

Como verá, no he descubierto ningún continente, ninguna vacuna para salvar a la humanidad de una enfermedad incurable, lo que no quiere decir que este descubrimiento sea menos o más importante que alguno de ellos. Hay descubrimientos que no salen en los diarios y que no los publica ninguna editorial, pero que le pueden salvar la vida, porque al escribirle esta historia, tal vez salve a la humanidad, a esa parte de la humanidad a la que le lleguen estas líneas.

AL UNÍSONO *Gerardo Baré*

Quizás la historia suene cursi, o propio del lenguaje de las viejas chusmas. Pero Ana y yo nos sentíamos Almas Gemelas, seres unidos por un hilo imposible de romper. Nos conocemos desde los 8 años y nunca más pudimos vivir separados. Toda nuestra vida la hicimos unidos como un tejido, como dos agujas con la lana, como un molde que da origen a un objeto, Como el pincel y el óleo hacíamos nuestra pintura. Pasaron muchos años hasta darnos cuenta de la dependencia mutua de la que éramos esclavos. Pero un día, lugo de una discusión que tuvimos, pensamos que lo mejor era distanciarnos y poder vivir como personas

independientes. Hicimos un pacto, ninguno debía saber dónde estaba el otro y no intentaríamos buscarnos, y seguramente estaríamos conectados de alguna manera. Fue muy tortuoso vivir sin Ana este primer año. La simbiosis finalizó para dar inicio a otras situaciones. Rutinas, cosas de todos los días dieron un giro repentino. En mi cuerpo comenzaron a sucederme cosas nuevas. En pleno invierno hay días que puedo sentir calor, como si estuviese al sol y mi piel se broncea a las 10 de la noche. No fue muy difícil darme cuenta que yo soy el receptor ella tiene la capacidad de emitir todo lo que siente. Ahí desubrí que la que rige las dos vidas es ella, yo solo la sigo.

Algo me dice que puedo conectarme a ella, este donde esté.

En varias ocasiones tomé una aguja y me provoqué pinchazos en la palma para saber si podía conectarme con ella a través del dolor. Y al día siguiente pude sentir los pinchazos en mi otra mano, como respuesta. Todo esto comenzó a atemorizarme, de pronto algo se hizo evidente, seguíamos conectados. Hace días que intento dormir para recuperar mi sueño nocturno y es imposible.

De nada sirvió que se aleje, fue peor, su angustia, su pena, su alegría me invaden de repente sin que yo pueda encontrar alguna explicación.

Hace dos noches, estaba acostado, durmiendo profundamente hasta que un calor sofocante me despertó, todo mi cuerpo ardía y una inexplicable excitación se apoderó de mí. La misma excitación que sentía con Ana cuando hacíamos el amor, pude sentir su boca y su lengua, sus piernas rozando con las mías, podía sentir cómo entraba y salía de su cuerpo, hasta que luego de varios minutos llegué al orgasmo, extasiado y confundido luego de amar a un fantasma, me dormí profundamente, exhausto luego de estar haciendo el amor durante varias horas. Me desperté al día siguiente, con la boca seca, dolores musculares y famélico, me levanté de la cama de un salto y fui a la cocina, comí todo lo que encontré además de tomar litros de agua. Comí y tomé por dos. Me detuve de pronto y dejé caer mi vaso con agua al piso, no tarde en darme cuenta que en mi cuerpo viven dos personas, Ana y Yo.

FELICES FIESTAS

En tiempo de incertidumbre, donde una sociedad se debate entre cambiar su destino o continuar siendo una semicolonía en la insoportable carencia de las necesidades básicas, alzamos la voz para desearles un mejor año que el presente.

**TODAVIA SOMOS CON EL OTRO
TODAVIA ESCRIBIMOS
TODAVIA CREEMOS
TODAVIA CREAMOS
TODAVIA AMAMOS
Y LO SEGUIREMOS HACIENDO**